

January 2009

## Tres escenarios urbanos

Juan Carlos Pérgolis

*Universidad Nacional de Colombia*, [actualidadespedagogicas@lasalle.edu.co](mailto:actualidadespedagogicas@lasalle.edu.co)

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ap>

---

### Citación recomendada

Pérgolis, J. C.. (2009). Tres escenarios urbanos. *Actualidades Pedagógicas*, (53), 21-29.

This Artículo de Investigación is brought to you for free and open access by the Revistas científicas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Actualidades Pedagógicas by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

## Tres escenarios urbanos<sup>1</sup>

Juan Carlos Pégolis\*

**Recibido:** 23 de septiembre de 2008

**Aceptado:** 17 de febrero de 2009

### Resumen

En esta conferencia, el investigador aborda tres escenarios de referencia. La ciudad posindustrial, esa ciudad de los países más desarrollados que se considera ha entrado en una etapa posindustrial. La ciudad del desarraigo, muy próxima a nosotros, y la ciudad inédita, la ciudad que se está inventando, con el fin de mostrar que las tres nos llevan a las mismas conclusiones.

**Palabras clave:** ciudad, fragmentación, modernidad, posmodernidad, desarraigo.

### Three urban sceneries

#### Abstract

In this conference, the researcher approaches three scenes of reference. The city post industrialist, that city of the most developed countries considered starting this stage. The city people left behind, very next to us and the anonymous city, the city that is being invented and the three are going to take to us to the same conclusions.

**Keywords:** city, breakup, modernity, post modernity, left behind.

---

<sup>1</sup> Este artículo es la transcripción editada de la charla que el autor dio en la Semana de la Facultad de Educación de la Universidad de La Salle "Clase distrital: la ciudad como aula abierta", llevada a cabo el martes 23 de septiembre de 2008.

\* Colombo-argentino. Arquitecto de la Universidad Nacional de la Plata. Magíster en Historia del Arte y Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor emérito de la Universidad Nacional de Colombia.

Esta charla de hoy es la tercera parte de un ciclo que tuvo las dos primeras en lo que fue la cátedra Bogotá: la primera fue en ésta; la segunda en lo que se llamó ciudad-escuela o escuela y ciudad, algo que organizó el Distrito hace dos años, y esta tercera parte la empezamos a trabajar hace dos años, cuando estábamos en esa cátedra Bogotá, con un amigo, otro colega, Danilo Moreno.

La idea de esta ponencia de hoy, por un lado, es reevaluar todo lo que se había planteado con *Bogotá fragmentada*, con esa mirada de fines de la década de los noventa, víspera al cambio del 2000, en la que veíamos una Bogotá quizás más posmoderna de lo que en realidad era. Después de esto, hubo un ajuste, que fue lo que se presentó en la cátedra de la Alcaldía y viendo la cuestión de las representaciones, y esto de hoy es ver, un poco, dos hipótesis en tres escenarios urbanos diferentes.

Pues la idea es ver que la ciudad cambió sustancialmente en los últimos diez años. En los últimos diez años, en la ciudad se acentuó la idea de centro y periferia, y eso no es casual, eso no se acentuó solamente en la ciudad, sino que se acentuó en el planeta. Pero hablar de centro y periferia, países centrales y países periféricos, no es nuevo, pero sí ha cogido una fuerza que antes de todo este discurso de la globalización no tenía.

Quiero señalar también que la ciudad es el espacio existencial de la comunidad; la comunidad desarrolla su existencia en la ciudad. La ciudad es espacio existencial, presenta formas, presenta condiciones, condiciones espaciales, características del espacio que evidencian transformaciones en los comportamientos. Entonces, antes que mirar las formas de la ciudad, vamos a mirar ciertos tipos de comportamientos urbanos en estas dos hipótesis que quiero plantear en tres escenarios urbanos diferentes.

Esta reflexión es el primer texto que sale, bueno en realidad es el segundo; salieron unos apartes de estas reflexiones en la revista *Barriotaller* que las escribimos con este colega que les digo, Danilo Moreno. No recuerdo el número de *Barriotaller*, pero hicimos una serie de señalamientos sobre este tema.

Entre 1996 y 1997, iniciamos con la Universidad Nacional de Colombia una investigación que se llamó “Cultura

y espacio urbano en Bogotá a fines del siglo XX” que condujo al libro *Bogotá fragmentada*, que publicó Tercer Mundo Editores en Bogotá, y al libro *Ciudad fragmentada*, que se publicó hace cuatro años en la Editorial Nobuko de Buenos Aires. La idea de ese libro es que la ruptura de ese todo que es la ciudad en partes independientes y arbitrarias es una instancia más, es la última instancia, es la instancia contemporánea en un proceso que es inherente a la ciudad occidental y que está enmarcado en el pensamiento moderno. Todo lo que está ocurriendo en la ciudad hoy día, después de mirarlo durante estos últimos tres años a través de la investigación, está enmarcado en el pensamiento moderno, en aquella urbanística del pensamiento moderno, en aquel pensamiento moderno del siglo XX.

En aquella investigación, pusimos de relieve también el carácter posmoderno de los procesos de fragmentación. La fragmentación era la posibilidad de ir más allá de la modernidad. Era la posibilidad de quiero ir con la ciudad moderna. Eso mismo, visto a la luz de la experiencia, me remitía a unas tipologías, y ésta es la idea de fragmentación de que estamos hablando. Las cosas no son tan blanco y negro como las planteábamos, no hay un problema de fragmentación y otro de reporte; las dos cosas son simultáneas, las dos cosas se dan al tiempo en la ciudad moderna, y de esta mirada se deriva la primera hipótesis de trabajo en la actual etapa de investigación, ésta es la hipótesis.

Los procesos de fragmentación no constituyen una alternativa diferente de la ciudad moderna, sino que son la instancia actual de la ciudad derivada del pensamiento moderno. Por lo tanto, no hay una posmodernidad en la expresión fragmentaria del territorio urbano.

Bueno, dejemos ahí la hipótesis. Cambiemos un escenario sobre la mesa de trabajo. Tenemos un montón de fotografías, son fotos de ciudades, pero no son fotos de los edificios monumentales, no son fotos de los parques, no son fotos de esas grandes vistas aéreas que muestran la magnitud de la ciudad; son fotos cercanas, son fotos íntimas que muestran la vida de la comunidad: amigos conversando en cualquier barrio, gente de compras en una calle céntrica, en el mercado, un grupo esperando el transporte en alguna esquina son imágenes de la vida en las ciudades que nos permiten meternos en las escenas, participar del bullicio en el mercado, participar del silencio del parque, de la expec-

tativa del transporte que llega a la esquina. Son imágenes que nos despiertan sentimientos de identidad y son imágenes que disparan el pensamiento a través de las anécdotas hacia cualquier punto de fuga. Son fotos que despiertan el anhelo por lo colectivo, por querer participar de la charla de amigos de la esquina, o del silencio del parque, o del bullicio del centro comercial. Son fotos que despiertan el anhelo en lo colectivo, que hacen despertar en nosotros esas ganas de sentirnos parte de una comunidad. Por ese motivo, esta mirada a la ciudad actual no está referida a estructuras formales, no está referida a la morfología de la ciudad, está referida al pensamiento que sustenta la ciudad; sustenta también las particularidades de la comunidad que la habita.

Miremos cuáles son estos tres escenarios a los que quiero hacer referencia. La ciudad posindustrial, esa ciudad de los países más desarrollados que consideran que han entrado en una etapa posindustrial. Miremos la ciudad del desarraigo, que la tenemos muy cercana, y miremos la ciudad inédita, la ciudad que se está inventando. Y vamos a ver que las tres nos van a llevar a las mismas conclusiones.

## LA CIUDAD POSINDUSTRIAL

El primer escenario, la ciudad de la sociedad posindustrial no es la ciudad posmoderna, sino la continuación de la ciudad moderna. Contra todos los discursos que se hayan elaborado en la década de los noventa.

Miremos una escena:

—Ya casi no vamos a la ciudad, es que no tenemos necesidad... —comentó ella ante un grupo de amigos, y él agregó—: Nos mudamos a menos de una hora de Bogotá, a un conjunto cerrado con campo de golf.  
—Es como vivir en un club... —completó la señora.  
—Claro que a la mañana la autopista se pone insoponible... —dijo él—. Ayer me demoré más de dos horas por el trancón.

Es una escena perfectamente cotidiana que se puede armar en cualquiera de los barrios periféricos de Bogotá.

Marco Romano, es un teórico italiano respetabilísimo. Marco Romano tiene un texto muy bonito que se llama *Ciudadanos sin ciudad*. En ese texto, dice que nunca en la historia de Occidente hubo sociedades más ricas, con mayores posi-

bilidades de tecnología y comunicación, sin embargo, nunca hubo sociedades con menos sentido de lo colectivo, por lo tanto, con menos presencia de ciudad.

Marco Romano se pregunta ¿qué testimonios deja nuestra sociedad para las futuras generaciones? Él mira la sociedad del siglo XIX en Milán: dejó el teatro de la ópera, dejó el parque de San Pione, dejó cantidad de edificios. Bueno, así como esa sociedad dejó esos testimonios, ¿qué deja nuestra generación? Entonces se asombra, deja un superalmacén, deja un centro comercial, ¿qué dejamos como huella colectiva para las generaciones futuras?

Marco Romano concluye esa observación diciendo: “[...] así como el deseo de amar está impreso en el alma hasta que encuentra su objeto, así el deseo de las cosas colectivas existe en lo más íntimo de las personas y lo que lo despierta es algún objeto al que pueda darle un nombre que lo identifica”.

Me parece interesantísimo pensar que aquello que despierta en nosotros el sentido de lo colectivo, esa especie de amor hacia lo colectivo es algo que podemos nombrar, que le podemos dar un nombre. Ese objeto que podemos nombrar, dice Marco Romano, ese objeto que es el nexo entre la sociedad y su territorio, es el nexo entre la sociedad y la ciudad, y lo define de esta manera:

Para ser reconocidas por los ciudadanos, entre los signos de su sentimiento de pertenencia a una colectividad, esas cosas colectivas deben mostrarse como objetos que vienen de lejos y van lejos, porque nadie confiaría el sentimiento de su propia identidad, que es conciencia y seguridad de sí mismo, en objetos recién inventados, sin raíces y sin futuro.

Cuando leía esto, pensaba en el Palacio de Justicia. Qué interiorizado tenemos el Capitolio, o la fachada del Edificio Liévano, o la catedral. Qué dificultad tenemos para asumir la presencia del Palacio de Justicia en el marco de la plaza de Bolívar. Y es cierto, para sentir nuestra pertenencia en la ciudad y sentir que las cosas de la ciudad nos pertenecen, deben mostrarse como cosas que vienen de lejos y van lejos; es decir, que tienen historia y tienen futuro. Porque la ciudad está formada por las huellas que dejó su elaboración; todo aquello que la comunidad construyó, pero ojo, no miremos edificios, pensemos que fue la vida en torno a esas huellas lo

que definió en el tiempo la identidad cultural. La identidad cultural es una instancia de relaciones y no de formas.

Miremos otra escena. Una escena en el parque.

—¿Por qué tienen que venir a hacernos canchas en el parque! —exclamó indignado—. Además, si los muchachos quieren jugar, van al club —dijo otro vecino oponiéndose también a las mejoras que la Alcaldía quería hacer en el parque barrial. Calló un instante, y luego agregó—: Es que si los dejamos hacer esas canchas se nos vienen, y esto se nos llena. ¿Quiénes vienen? —Preguntó desprevenido un tercer vecino que se acercó al grupo—. Pues los otros, se nos vienen los otros —respondió el primero—. Sí, tenemos que insistir para que pongan una reja, para que nos cierren el barrio y nos dejen en paz.

Existen dos afanes simultáneos: uno, por proteger lo propio, pero no como un significado colectivo, sino como una pertenencia exclusiva, y se refiere a esas frases que hablan de lo mío: mi parque, mi cuadra, mi calle.

El otro afán es el que surge del temor al otro, al diferente. El conjunto cerrado, el club, el centro comercial, son todos tipos arquitectónicos que aseguran, al menos por costos, la homogeneidad frente al ingreso y al acceso al consumo. Uno está seguro de que en el conjunto van a vivir los que económicamente están dentro de ese rango, o al centro comercial no va a ir el “traqueto” desaforado, ni el corroncho que pone el vallenato; hay una relación que no es que deja de ser comunidad, es querer excluir comunidad.

Esta imagen de sectores cerrados en la ciudad moderna refleja el pensamiento de una sociedad que se apoya en el temor como justificación para la segregación. Es un camino errático; es un camino que no favorece la persistencia de la ciudad, no en relación con las formas, que obviamente esas cambian en el tiempo, sino en relación con la idea de modo de vida urbano. No fomentan esa ciudad que permite el reconocimiento del otro.

Miremos otro ejemplo que, solamente después de varios años de hablar de globalización, podemos entender. Y para iniciar el análisis quiero esa frase: tenga el cielo al alcance de sus manos y las playas a sus pies. Eso decía la publicidad de un frustrado rascacielos turístico en Cartagena, afortunadamente frustrado, esta imagen se hubiera construido en el extremo de Bocagrande.

Pregunta: ¿dónde va a habitar el habitante de esta torre? Respuesta tentativa: en ese vacío blanco de que hablaba Michael Ferres; ese vacío blanco que, Ferres decía, empieza en el lugar en que comienza el vuelo y termina en el lugar en que aterriza el vuelo. Ese vacío blanco que es un vuelo aéreo; ese vacío blanco que aparece cuando se apagan los carteles de abordaje y terminan cuando se vuelven a encender.

Vida y vivienda tienen un común origen etimológico. Sin embargo, este lugar para vivir se propone como un espacio entre dos puntos: el cielo en las manos y la playa en los pies.

Cuando empezamos a trabajar el asunto de la fragmentación en Bogotá, veíamos que la publicidad sugería “viva como en un club”, y ahora la publicidad insinúa el no lugar en el interior del avión en vuelo, ese vacío que modifica el sentido de todos los lugares porque no es origen ni es destino, es el espacio entre ambos, sin recorrido, es decir, sin la experiencia existencial que da el recorrido para vivir con la pasividad del pasajero que está sentado en la atmósfera artificial de un avión, suspendido en el aire, entre uno y otro aeropuerto. Pero mira que la imagen se repite, quizás en Cartagena es novedosa, pero está consolidada en muchos lugares de América Central, algunas metidas en la ciudad como son los condominios de Ciudad de Panamá, que convirtieron a Punta Paipilla, Punta Pacífica, en fragmentos arbitrarios completamente desconectados de cualquier totalidad posible frente al mar. Eso sí, frente al mar. En un balcón del piso 60 ó 70, el cielo al alcance de las manos y la ciudad a los pies. Pero ojo, no están ni en el cielo ni en la ciudad, son edificios modernos, son aquella intención de la arquitectura moderna.

Miremos un poco más los edificios que se construyen en las nuevas áreas, frente al mar, tan parecidos en Cartagena, en Panamá, en cualquier ciudad con los mismos gestos, con las mismas referencias de consumo. Ciudades con altura, no, son apartamentos individuales apilados unos sobre otros, y allí la ciudad no existe ni adentro ni afuera; la ciudad desaparece, es como en aquellas novelas de ciencia ficción de los años cincuenta que mostraban a los individuos encerrados en sus paraísos individuales y conectados por algún medio, que en aquella época ni se sospechaba otra gente.

Es que en estas torres que se proponen viven ancianos pensionados del primer mundo, prósperos comerciantes, re-

presentantes locales de capital global. En la ciudad, en cambio, vive y bulle la gente de nuestro tercer mundo. Ah, pero esos se ven de lejos. Algunas veces, como en aquellas novelas de ciencia ficción, se encuentran, recuerdan —no creo que les haya tocado leer esas novelas—, pero siempre había encuentros porque una máquina se perdía, etcétera, entonces el muchacho que salía de la cápsula mágica se encontraba con la chica del tercer mundo.

Condominios en medio de la selva costarricense. Miren qué fantástico, ésta es una foto de un catálogo de finca raíz, no está en el mar, no está junto al mar, está cerca del mar. ¿Cuál es el encanto de estar cerca del mar pero no poder meterse? Tal vez una imagen en la memoria de la especie que no olvida que la vida salió del mar y se adentró en los pantanos. Los condominios del monte tienen todos los rasgos de la civilización, aunque la ciudad está disuelta en las conexiones satelitales de la telefonía y la red. La ciudad es una satisfacción virtual para quien tiene la otra satisfacción virtual de la cercanía del mar. Tanto la cercanía del mar como los vecinos de la red son intangibles, son virtuales.

Bueno, ese panorama de la ciudad posindustrial contrastémoslo ahora con la ciudad del desarraigo, con nuestra ciudad.

## LA CIUDAD DEL DESARRAIGO

La ciudad del desarraigo es el espacio de la necesidad. Mi-remos un relato.

Vivíamos en Saravena; en realidad cerca a Saravena, en una vereda, pero tuvimos que salir. A Alirio se lo llevaron, pero consiguió escaparse. Caminó tres días por el monte, pero ya no nos pudimos quedar en el campo. Intentamos en Cúcuta, pero hay demasiados desplazados, no hay trabajo. Finalmente, vinimos a Bogotá.

La segunda situación quiero referirla a una experiencia que desarrollamos hace unos años y que la comentamos en aquel momento, en diferentes medios, con la psicóloga Olga Rebolledo. Ella había desarrollado una investigación sobre imaginarios urbanos en los niños de familias desplazadas por la violencia hacia la ciudad de Montería. En los dibujos con que los niños acompañaron sus relatos, la ciudad no existe, por lo menos no existe como un colectivo social

orgánico. El espacio existencial que dibujaron y que llamaron *ciudad* es la casa individual, y la casa reemplazó en el imaginario de estos niños cualquier estructura urbana. Sin embargo, para estos niños, la palabra ciudad identifica el lugar para la vida. Puede ser Montería, puede ser Medellín, Barranquilla o Bogotá, puede ser cualquiera, porque el imaginario, una vez abandonado el territorio propio, parece no concebir el campo ni el monte, que son espacios sin identidad, sin nombres; por el contrario, concibe nombres: Medellín, Montería, Barranquilla.

—Pero has dibujado una casa —dijo la profesora—. Yo te pedí que dibujaras la ciudad. —Es la ciudad —respondió Yamile—. Porque la ciudad es mi familia, que está en la casa, los otros, los de afuera son peligrosos; por eso, cuando tuvimos que dejar el campo, no nos quedamos en Turbo y vinimos a Medellín, aunque ahora mi mamá dice que vamos a ir a Bogotá porque allá vive mi tío.

En un contexto muy distinto, en la Especialización en Pedagogía de la Comunicación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, varios profesores de colegios públicos y privados propusieron a sus estudiantes representar la ciudad a través de dibujos. Notablemente, el resultado fue muy parecido; fue casi igual al de los niños desplazados. La ciudad que dibujaron ponía de relieve la individualidad, recalca la discontinuidad entre las partes. Uno de los casos más significativos fue el de un estudiante que, en medio de elementos sueltos, armó su propia casa encerrada en alambre de púas; la ciudad buena, su casa, protegida de la ciudad mala, la de afuera.

Pese a la complejidad del problema, los estudios sobre la población desplazada se centran en las causas: las causas que producen el éxodo, la causa, la situación de los desplazados en los primeros momentos de llegada a la ciudad; pero las investigaciones no se meten, no indagan sobre el migrante una vez pasada la emergencia, cuando deja de ser migrante, cuando se convierte en un habitante más de la ciudad.

Si en la relación con el nuevo entorno, con la ciudad, los factores que influyen están asociados con su tradición cultural, podemos decir que el desplazado sólo podrá desarrollar un sentido de apropiación y uso de la ciudad en cuanto la ciudad le presente la posibilidad de conservar esos aspectos, el de uso y el de apropiación. Para ello, es necesario aclarar las dudas que encierran muchas preguntas. ¿Qué imagina-

rios de ciudad elaboró durante la migración? ¿Qué imaginarios de ciudad tenía antes de dejar su territorio? Existen coherencias entre las identidades culturales y espaciales que el habitante integra a través de su inserción emocional y laboral en el medio urbano. Y miren, sigue vigente la pregunta que formulamos años atrás, con la psicóloga Rebolledo, sobre el futuro de la ciudad en nuestro país. Eso es lo que, como mostró Italo Calvino<sup>2</sup>: “Las ciudades, como los sueños, están construidas de deseos y de miedos, aunque el hilo de su discurso sea secreto”.

Si las preguntas de las nuevas generaciones desarraigadas se refieren al aislamiento, al deseo de soledad, al miedo al otro, ¿cómo va a existir la ciudad? al menos en los términos que la conocemos, o el futuro de la ciudad va a ser un retorno a los grupos familiares aislados como eran aquellas gentes preurbanas, grupos familiares que empezaron a localizarse con relación a la siembra, al cultivo.

Marcos lleva varios años viviendo en Bogotá, pero aún no se acostumbra al frío, sin embargo, madruga porque sabe que las primeras horas del día son las mejores para asegurar las ventas. Comenzó con un carrito ambulante, de esos que se hacen sobre un viejo cochecito de bebé. El chasis es un coche de bebé con una carrocería de ventas; ahora tiene un carro mostrador que instala todos los días a la salida de una de las repetidas estaciones de TransMilenio: además de vender cigarrillos y golosinas, vende minutos. Vino con la idea de labrar un futuro y lo está haciendo.

Estas dos situaciones extremas que miramos, la de la sociedad posindustrial y ésta de la sociedad del desarraigo, muestran los extremos de un movimiento pendular —y vean que los modelos entre una y otra se copian; se copian a través de gestos sueltos en otros contextos—. Las dos situaciones, la primera del desarraigo en la sociedad urbana, en la sociedad posindustrial y sus réplicas en nuestro medio, o esta otra que vimos, copian gestos, se refieren a la repetición de modelos ante la coexistencia de esos gestos en los dos extremos y el común denominador de desarraigo en estos mismos.

¿Cómo se configura la idea de ciudad? ¿Qué características futuras se anticipan en la ciudad contemporánea?

A través de *Bogotá fragmentada*, desde esta investigación, pudimos mirar los procesos en la ciudad desde los estratos socioeconómicos medio y medio-alto, y pudimos concluir que, antes de fragmentarse el territorio, se fragmentaron los comportamientos. Es decir, se acentuó el individualismo, se acentuó el énfasis por la salida personal (yo me salgo, usted verá), confrontado con esa tradición utópica que buscaba la salida colectiva.

—A veces pienso que los chinos fabrican este sinfín de chucherías para que nuestros vendedores ambulantes tengan qué vender. —Mira, mira —agregó, mientras avanzaban con dificultad por el estrecho corredor en medio de la acera congestionada de vendedores— todos venden lo mismo, los mismos carritos de fricción, las mismas muñecas, los mismos relojes, en cambio, cuando era chico, ésta era una de las calles comerciales más elegantes de la ciudad y ahora... Espera, espera —dijo el amigo— es que necesito un destornillador de estrella. —Y se agachó a regatear el precio en uno de los puestos.

Sin embargo, existen transversalidades que relacionan los dos extremos de ese movimiento del péndulo. Son espacios que hacen parte de los consumos culturales: el nuevo disco que sacó el cantante, el gesto que surge de la película recién estrenada, la marca, la etiqueta en la prenda de vestir, que ya no diferencia lo auténtico de lo “chiviado”. Esa aparente homogeneidad en los consumos culturales lleva a que, por último, en los diferentes niveles de acceso a ese consumo, existan similares representaciones de la ciudad.

También en aquella mirada que hacíamos con *Bogotá fragmentada*, y con los trabajos que derivamos, fue que accedimos a la relación entre los medios de comunicación y los procesos de fragmentación. Cómo se fue dando eso en la radio, la televisión, la prensa escrita, cómo se fue generando un énfasis en la salida individual. Sin embargo, lo que nos llama la atención es que así sea en el lugar más remoto (este es un larguero en Tabatinga, frontera con Leticia), encontramos los mismos objetos de consumo de cualquier calle de nuestra ciudad que el comercio globaliza.

De esta manera, se indicaron los elementos fragmentarios en la morfología de la ciudad: centros comerciales, conjuntos cerrados de vivienda, y demás, todo eso que nom-

2 Italo Calvino (1998), *Las ciudades invisibles*, Madrid, Siruela.

bramos al principio. Pero también se puso de relieve que los espacios entre esos elementos fragmentarios se rellenan con tejido urbano continuo, es decir, con ciudad, con lo que llaman el barriecito, y entre ambos se logra la simbiosis. ¿Dónde arregla la licuadora la señora del conjunto cerrado?, en el barriecito. ¿Dónde cambian las tapas del tacón?, en el barriecito. ¿Dónde puedo comprar una libra de café sin la parafernalia del carro y el centro comercial?, en el barriecito. Uno provee clientes, el otro logra ingresos. Y así se va dando en nuestro medio esa simbiosis en la ciudad.

Los nuevos asentamientos. Éste es el tercero que vamos a ver ya para terminar.

## LOS NUEVOS ASENTAMIENTOS

Entre los nuevos asentamientos, la historia se refiere a imágenes arbitrarias fuera de contexto. La historia son imágenes sueltas, saquemos imágenes de la red, y ahí las tenemos.

De la misma forma como Walter Benjamin señala que los niños son atraídos por los deshechos de la producción, y los niños relacionan de manera arbitraria esos deshechos a través del juego, no imitando lo que hacen los adultos, sino creando nuevas relaciones intuitivas, podríamos decir que existen dos ciudades. Una, basada en la producción, y otra, basada en los deshechos de esa producción. Y esa ciudad basada en los deshechos de la producción no intenta imitar a la ciudad formal, sino que se conforma arbitrariamente a partir de relaciones intuitivas. Una es la ciudad de los espacios, como la ciudad del parque, la ciudad de la plaza, la ciudad de las relaciones estables, vivienda, trabajo, esparcimiento, es la que continúa la tradición de Occidente donde la fragmentación es la última instancia de ese proceso.

La otra es la ciudad de las acciones efímeras, la de las relaciones arbitrarias y ocasionales. Eso es la ciudad inestable y también fragmentaria, pero inédita, es recién inventada y es inventada a partir de los deshechos culturales de la otra ciudad, y se traduce en la ocupación de espacios residuales, en la invención de nuevas actividades, en el nuevo uso o la resignificación de ciertos espacios tradicionales. Y es curioso, la llamamos *ciudad informal*, sin ver que tiene otras formas que son nuevas, tienen otros comportamientos que son válidos como los nuestros que allí se crean.

Veamos un relato.

El grupo estaba formado por turistas de muchas nacionalidades que visitaban las cataratas de Iguazú. El paseo a Ciudad del Este, en la cercana frontera paraguaya, prometía un insólito día de compras en el puerto libre, en Ciudad del Este es un puerto libre; brasileños y argentinos esperaban regresar con alguna maravillosa y barata adquisición, porque allí, a pocos metros de Brasil, a pocos metros de Argentina, todo costaba menos de la mitad. Los turistas europeos y canadienses miraban asombrados el fantástico mercado de productos electrónicos: Samsung, Sony, Panasonic, Vaio, Hewlett... todas las marcas del mundo en medio de la selva. Alucinado por los productos, Alberto se perdió entre los puestos de venta. —Quiero un computador portátil como éste, pero... —y detalló un sinfín de especificaciones—. Te lo puedo traer mañana —respondió el comerciante, y ante el asombro del cliente, explicó—: Es que los ensambla mi primo, en un pueblo aquí cerca, en el monte.

Global y local, lejano y cercano son categorías espaciales, pero su verdadera dimensión surge del tiempo. Porque el tiempo va más allá del espacio, dispara transversalidades —algunas veces desde la selva—, y las dispara hacia cualquier punto de fuga.

Para comprender las nuevas ciudades hay que meterse en la complejidad emocional del desarraigo y en sus procesos. Un proceso que borra la memoria para poder sobrevivir en lo ajeno, en lo desconocido, y otro proceso que exalta lo nuevo como una esperanza de futuro; no como una utopía, porque le falta el contenido social que tenían las utopías, lo nuevo como una esperanza individual. Por eso, nos cuesta llamar ciudad a los nuevos asentamientos, porque las ciudades representaron en la historia el territorio de la sociedad, no el territorio de los individuos.

Traje este mapa para hablar un poco de las ciudades que hay en esta franja (muestra la franja desde la Amazonía colombiana bajando hacia Brasil). Entre el sur del río Caguán y el norte del río Bermejo. Hay que salir de los Andes para entender las nuevas ciudades. Hay que alejarse de las costas, hay que dejar atrás las ciudades de calles y plazas que construyó la colonización ibérica y que hoy son los grandes centros del sistema urbano sudamericano. Tenemos que dirigir la mirada a la selva, al monte, al interior del continente suramericano. Allí donde los Estados nacionales

son una referencia lejana: da lo mismo que sea Brasil, Venezuela, Colombia o el Perú, y tenemos que buscar en esos nuevos asentamientos los gérmenes de la ciudad del futuro y preguntarnos ¿cómo hacen ciudades quienes olvidaron la herencia de la cuadrícula de Hipodamo que se renovó en las manzanas coloniales? ¿Cómo hacen ciudad los que nunca oyeron hablar ni vieron las perspectivas barrocas, o la monumentalidad del neoclasicismo o la funcionalidad moderna? ¿Cómo se hace ciudad sin memoria, respondiendo sólo a necesidades?

Otro relato de la zona.

Los pasajeros dormitan hipnotizados por el ronroneo del enorme motor Scania. Detrás de las ventanillas, la selva pasa como una película de la National Geographic. Cada tanto un caserío altera la monotonía del paisaje. De pronto el bus se mete en algo que parece una ciudad, el recorrido entre las casas sin calles ni orden nos lleva a una amplia y desocupada avenida. En medio del caserío hay algunas fachadas ostentosas y llamativas con mármoles y dorados, otras pretenden ser réplicas de las mansiones sureñas del sur de los Estados Unidos en *Lo que el viento se llevó*. Sin duda aquí hay mucho dinero en esas ciudades. Las muchachas de un burdel se promocionan en la puerta, una cancha de fútbol sin partido y con tribunas de concreto sin espectadores; un pequeño conjunto de casas idénticas pegadas unas a otras, como si faltara espacio en medio del vacío, seguro que es un proyecto del Estado. —Y usted, ¿qué vende? —pregunta mi compañero de asiento en el bus, y antes de escuchar mi respuesta me dice—: Yo vendo pitas. Todos se preparan para el fin del viaje, una señora trata de disimular la fatiga maquillándose con un espejito, un hombre joven se peina de memoria, la pareja del segundo asiento se mira con ojos de sueño y complicidad, dos señores acomodan papeles en un portafolio. Frente a un gran potrero sin árboles está el hotel de cinco pisos y relativa comodidad, una cerveza casi fría y televisión satelital, los mismos canales en todas las ciudades. National Geographic muestra la selva, culebras y tigres; el equipo de filmación pasó por las ciudades sin darse cuenta de que estaba en ellas. Otro bus recorre la planicie en el otro extremo del continente, a éste lo llaman la flota, tal vez por el nombre de la empresa. Salió muy temprano de Villavicencio en un viaje demorado por incontables retenes: paramilitares, guerrilla y ejército se van alternando en la madrugada, desde antes que el gran sol rojo se asome por el borde

de la llanura. Bien entrada la mañana y después del último retén, llegamos a Uribe (Meta). Pero el viaje no termina allí: primero, una camioneta hasta cierto punto, desde allí, otro transporte y, finalmente, una lancha por el río Duda. Cada tanto compruebo, en el bolsillo de la camisa, el salvoconducto que me dio la subversión, el “pasaporte”. Por fin, el pueblo, con una asombrosa actividad comercial. La comida en la barraca que llaman hotel es excelente, en la mesa del lado un grupo de muchachos limpia las armas.

La segunda hipótesis propone: la alternativa a la ciudad moderna surge de las nuevas experiencias de ciudad que hoy se presentan en nuestro continente, libres de referencias a la historia y como consecuencias de procesos sociales inéditos y de enorme dificultad.

La intervención en la ciudad del futuro no se va a hacer a partir del diseño de los espacios o de la organización de sus funciones, se va a hacer a partir del trabajo con los habitantes, para que los individuos conformen sociedad y la ciudad, como tal, pueda expresarse en los espacios para su existencia. Hacer ciudad, en palabras de Marco Romano, teórico italiano que mencioné al principio de la charla, será despertar en la población el deseo por lo colectivo, ese anhelo que existe en lo más íntimo de las personas, y lo que lo despierta es algún objeto al que pueda darle un nombre que lo identifica.

Entonces, hacer ciudad será nombrar lo colectivo y reconocerse uno mismo como parte de ese colectivo; no solamente va a ser crear el escenario para las fotos de la vida urbana, va a ser crear el tejido social con sus infinitas relaciones y despertar, en ese tejido social, el deseo por las fotos que muestran la vida de la ciudad. Porque las nuevas ciudades no miran la historia, se nutren de imágenes sin contenido, son las mismas en cualquier lugar. Imágenes fuera de contexto que sólo satisfacen deseos individuales.

El siglo XXI ya está presenciando el nacimiento de una ciudad inédita, y miren que siempre vamos a llamar ciudad al terreno de la comunidad, de la producción, como Benjamin define el juego de niños.

Una ciudad que tal vez no sea nueva, pero sí va a seguir inédita, un conjunto de imágenes sin memoria del mundo “formal”, sin imitarlo, pero creada a partir de los estamentos sueltos que el mundo formal descarta y que ahora se

resignifican en los nuevos contextos, allá en los que las naciones sólo son un nombre, ya sea en la lejanía física del monte o en la lejanía emocional cercana, de la periferia de nuestras ciudades.

Bueno, esta es la etapa en la que estamos en la investigación. Quisimos mirar la sociedad posindustrial, quisimos mirar nuestra sociedad urbana y quisimos mirar estos asentamientos nuevos que afortunadamente pude conocer en un viaje a Maipú (Brasil) hacia arriba.